



ROMA

I

El viaje había sufrido grandes retrasos durante la noche entre las estaciones de Pisa y Civita-Vecchia, y en el momento en que el abate Pedro Froment se apeó del tren, en Roma, después de un pesado y fatigoso viaje de veinticuatro horas, iban á dar las nueve de la mañana. No llevaba consigo más que una maletita de mano y saltó con mucha ligereza del vagón, cruzando por entre el barullo y las aperturas de la llegada, rechazando los servicios de los mozos y cargando con su poco pesado equipaje y esto lo hizo con el deseo que tenía de llegar, de encontrarse á solas y de verlo todo. Y enseguida, delante de la estación, en la plaza de los Quinientos, subió á uno de esos ligeros cochecitos descubiertos que están alineados á lo largo de la acera y colocó la maletita á su lado, diciendo al cochero:

—Vía Julia, palacio Boccanera.

Era un lunes, el 3 de Septiembre, y una de esas mañanas de cielo claro, de una diafanidad y suavidad admirables. El cochero, hombrecillo obeso, de ojos

brillantes y dientes muy claros, sonrióse al reconocer, por el acento, á un presbítero francés. Fustigó al huesudo caballo y arrancó el vehículo con esa ligereza de los coches de punto romanos, tan limpios y alegres. Pero á los pocos momentos y después de bordear los macizos del jardinillo, al llegar á las Thermas, se volvió, siempre sonriente y señalando las ruínas con el látigo:

—Las Thermas de Diocleciano—dijo en un mal francés de cochero servicial, deseoso de complacer á los extranjeros para de ese modo asegurarse una parroquia.

El coche bajó al trote largo la gran pendiente de la calle Nacional que se desarrolla desde las alturas del Viminal, en donde se halla la estación. Y desde entonces no cesó el cochero, volviendo la cabeza á cada monumento y enseñándolo con el mismo gesto de decir su nombre. En aquel extremo de una calle nueva no había más que edificios de reciente construcción. El movimiento del látigo fué más acen tuado, la voz se hizo más sonora, si bien con algún tanto de ironía, cuando, hácia la izquierda, indicó nombró una construcción inmensa, reciente y llena de yeso aun, inmenso amasijo de piedras sobrecargado de esculturas, frontispicios y estatuas.

—El Banco Nacional.

Desde la época en que decidió aquel viaje, pasó Pedro muchos días estudiando la topografía de Roma en los planos y en los libros, así que hubiera sabido guiarse sin tener que preguntar su camino, encontrándole muy prevenido todas las explicaciones. Pero que, sin embargo, le despistaba algo, eran aquellas pendientes repentinas, aquellos montes que hacen

escalonen á modo de terrazas ciertos barrios. A la sazón, y hácia la derecha subían macizos de verdor en lo alto de los cuales extendíase un edificio interminable, amarillo y desnudo, convento ó cuartel, al parecer.

—El Quirinal, palacio del rey,—dijo el cochero.

Más abajo, y en el momento en que el carruaje daba la vuelta á una plaza triangular, Pedro, que levantó la cabeza, quedóse admirado al ver en lo alto y sostenido por un gran muro liso, un jardín colgante en el que se recostaba sobre el fondo límpido del cielo el elegante y vigoroso perfil de un centenario pino parasol. Comprendió todo el orgullo y la gracia de Roma.

—La villa de Aldobrandini.

Luego fué, pero aún más abajo, una visión rápida la que acabó de apasionarle. De nuevo formaba la calle un brusco recodo y de pronto en el ángulo, y por el extremo de sombría callejuela, producíase un portillo de luz; allá abajo veíase una plaza blanca como un pozo de sol lleno de su deslumbrante polvillo dorado y en medio de aquella gloria matinal elevábase gigantesca columna de mármol completamente dorada por la parte en que los rayos del astro del día la iluminaban desde hacía tantos siglos. Quedóse sorprendido cuando el cochero se la nombró, porque no la había imaginado de aquella manera, en aquel agujero deslumbrador en medio de las sombras vecinas.

—La columna de Trajano.

Al final de la cuesta, la calle Nacional daba por última vez la vuelta y entonces se oyó una serie de nombres pronunciados por el cochero mientras que

el caballo seguía un trote vivo sostenido; el palacio Colonna, cuyo jardín está lleno de entecos cipreses; el palacio Torlonia, medio despanzurrado por los embellecimientos y ensanches modernos; el palacio de Venecia, desnudo y temible, con sus muros almenados, su trágica severidad propia de una fortaleza de la Edad Media, olvidada allí en medio de la vida burguesa de hoy día. Ante el aspecto inesperado de las cosas fué en aumento la sorpresa de Pedro; empero, el golpe fué más rudo en el momento que el cochero con el látigo le señaló triunfalmente el Corso, una larga y estrecha calle, apenas tan ancha como la nuestra de Saint-Honoré, blanca de sol á la derecha, negra de sombra á la izquierda y en el extremo de la cual la lejana plaza del Pópulo hacía como una estrella de luz; ¿era aquel el corazón de la ciudad, el paseo célebre, la vía viviente á donde afluía toda la sangre de Roma?

Después de esto el coche se internó en la avenida de Víctor-Manuel, que es la continuación de la calle Nacional, y son las dos arterias que han cortado de parte á parte la antigua ciudad desde la estación al puente de Sant-Angelo. A la izquierda destacábase el redondo ábside de Jesús, todo él iluminado por la alegría de la mañana. Más allá, entre la iglesia y el pesado palacio Alfieri, que no se han atrevido á derribar, estrangulábase la calle y se encontraba en una sombra húmeda, glacial. Pasado esto, más allá, ante la fachada de Jesús, en la plaza, empezaba el sol otra vez resplandeciente, iluminándolo todo y extendiendo sus doradas superficies, mientras que en lontananza, en la calle de Aracœli, igualmente cubierta de sombra, aparecían algunas palmeras soleadas.

—Allá bajo está el Capitolio,—dijo el cochero.

Inclinóse el presbítero con mucha viveza, pero sólo pudo ver una mancha verde al final de un tenebroso corredor. Estaba como penetrado de un estremecimiento por aquellas repentinas alternativas de cálida luz ó fría sombra. Delante del palacio de Venecia, delante de Jesús, figurósele que toda la noche de antiguos días le helaba los hombros; después era en cada plaza, en cada rotura producida por las nuevas vías, un regreso á la luz, con la dulzura alegre y tibia de la vida. Los rayos del sol amarillento caían de las fachadas recortando rectamente las sombras violáceas. Por entre el hueco de los tejados, vislumbrábanse bandas de un cielo muy azul y límpido. Y encontró al aire que respiraba un gusto especial, aún indeterminado; un gusto de fruto que aumentaba en él la fiebre de la llegada.

No obstante la irregularidad de su trazado es una hermosa vía á la moderna la avenida de Víctor-Manuel, y Pedro, podía figurarse que se hallaba en una gran ciudad cualquiera, dotada de esos grandes edificios hechos para producir. Empero, cuando pasó por delante de la Cancillería, la obra maestra de Bramante, el monumento tipo del Renacimiento romano, volvió su asombro, su espíritu tornó á los palacios que entrevió, á aquella arquitectura desnuda, colosal y pesada, á aquellos inmensos cubos de piedra parecidos á hospitales ó á cárceles. Nunca habíase él figurado que fuesen así los famosos palacios romanos, que estuviesen sin gracia ni fantasía y sin magnificencias exteriores. Evidentemente todo aquello era muy hermoso y acabaría por comprenderlo, pero antes debería reflexionar.

Bruscamente abandonó el carruaje la populosa avenida de Víctor-Manuel y penetró en tortuosas callejuelas por las que pasó con mucho trabajo. La calma se impuso, el desierto, la antigua ciudad dormida y fría se encontraban al abandonar los claros de sol y las multitudes de la ciudad nueva. Recordó los planos consultados y se dijo que se acercaba á la via Julia y su curiosidad, que se había aumentado, se acrecentó entonces hasta el extremo de hacerle sufrir, desesperado por no poder ver más, por no poder saber enseguida mucho más. En el estado de fiebre en que se hallaba desde que emprendiera el viaje, los asombros que experimentaba al no encontrar las cosas tal como esperó; los choques que acababa de recibir su imaginación, no hacían más que agravar su pasión y le impulsaban el deseo agudo é inmediato de contentarse. Apenas eran las nueve y podía aún disponer de toda la mañana para presentarse en el palacio Boccanera, ¿porqué no hacer que, sobre la marcha, le llevasen al sitio clásico, á la cumbre desde la que se ve Roma entera extendida sobre sus siete colinas? Cuando este pensamiento se apoderó de él, le torturó tanto, que al cabo tuvo que ceder.

El cochero había dejado de volverse y Pedro se incorporó en el asiento para darle nuevas señas.

—A San Pietro in Montorio.

Al principio admiróse el cochero; pareció no comprender y con un movimiento del látigo, indicó que estaba allá abajo, muy lejos. Al fin, observando que el cura insistía, volvió á sonreír complacientemente meneando la cabeza con aire amistoso... Bueno... si lo quería así, iría.

El caballo echó á andar otra vez, pero con trote más rápido, por entre un dédalo de estrechas callejuelas. Siguiéron una, ahogada entre elevadas paredes y á la que la luz bajaba como al fondo de un foso. Luego, al extremo de ésta, hubo un regreso repentino á la luz y se atravesó el Tiber por el antiguo puente de Sixto IV, mientras que á derecha é izquierda se extendían los nuevos muelles con el estropicio y los manchones de yeso de las nuevas construcciones. Al otro lado el Transtibere, estaba también despanzurrado y el carruaje subió la pendiente del Janículo siguiendo una ancha vía en la que se veían grandes placas con el nombre de Garibaldi. Una vez más hizo el cochero su gesto de orgullo bonachón al nombrar aquella vía triunfal:

—Vía Garibaldi.

El caballo tuvo que acortar el paso y dominado Pedro por infantil impaciencia, volvíase para ver la ciudad á medida que á su espalda se iba extendiendo y descubriendo más. La subida era muy larga y los barrios surgían por todas partes hasta en las lejanas colinas. Aún dominándole la emoción creciente que hacía latir su corazón, parecióle que echaba á perder la satisfacción de su deseo desmigándolo así con la conquista lenta y parcial del horizonte. Quería recibir el golpe cara á cara, Roma entera vista con una sola ojeada, la ciudad santa amontonada, abrazada en un solo abrazo. Y tuvo la fuerza de voluntad bastante para no volverse más á pesar de los impulsos de todo su sér.

En lo alto hay una vasta terraza; allí se encuentra la iglesia de San Pietro in Montorio en el sitio en que, según dicen, fué crucificado San Pedro. La

plaza es desnuda y rojiza, recocida por los grandes soles del estío, mientras que un poco más allá, hacia detrás, la corriente clara y susurrante del Aqua Paola cae espumeante de las tres pilas de la fuente monumental, con una frescura eterna. A lo largo de la baranda ó parapeto que rodea la terraza, cortada á pico sobre el Transtibere, alinéanse constantemente los viajeros, ingleses delgados, alemanes de cuadrados hombros, con la boca abierta por la tradicional admiración y en la mano la guía, que consultan á cada instante para reconocer los monumentos.

Saltó Pedro con mucha ligereza del coche, dejando la maleta en la banqueta y haciendo una señal para que se esperase el cochero, que se fué á la fila de los otros carruajes quedándose sentado filosóficamente en el pescante al sol, con la cabeza baja como su caballo, resignados ambos de antemano á la larga espera de costumbre.

Mientras tanto Pedro contemplaba ya con toda su vista, con toda su alma y de pié, apoyado en el parapeto, con su ceñida sotana negra, con las manos enlazadas nerviosamente apretadas y ardorosas de fiebre. ¡Roma! ¡Roma! ¡La ciudad de los Césares, la ciudad de los Papas, la ciudad Eterna que dos veces conquistó el mundo! ¡La ciudad predestinada del ensueño ardiente que acariciaba desde hacía meses! ¡Allí estaba al fin! ¡La veía! Algunas tempestades de los días anteriores habían hecho que disminuyesen los grandes calores de Agosto, y aquella admirable mañana de Septiembre refrescaba algo en el azul ligero del cielo sin tacha, infinito. Y era una Roma inundada de dulzura, una Roma de ensueño, que

parecía evaporarse á la clara luz del sol matinal. Una finísima neblina azulada flotaba sobre los techos de las casas de los barrios bajos, pero era apenas sensible y tenía la delicadeza de la gasa, mientras que la inmensa campiña, los montes en lontananza se perdían en el rosa pálido. Al principio no distinguió nada, no quiso detenerse en ningún detalle, se entregó á Roma entera, al coloso viviente, tendido delante de él sobre aquel suelo hecho del polvo de las generaciones. Cada siglo que pasó renovó su gloria como bajo la savia de una juventud inmortal. Lo que se apoderaba de él, lo que hacía que latiese con más fuerza su corazón con fuertes golpes en ese primer encuentro, era el que hallaba á Roma tal cual la deseara, matinal y rejuvenecida, con una alegría voladora, casi inmaterial, toda ella sonriendo á la esperanza de una vida nueva, á aquel alba tan pura de un hermoso día.

Entonces, Pedro, inmóvil y en pié ante tan sublime horizonte, con las manos siempre enlazadas y ardientes, revivió en pocos minutos los tres últimos años de su vida. ¡Ah! ¡Qué año más terrible el primero, el que pasó en el fondo de su casita de Neuilly, con las puertas y ventanas cerradas, escondido en ella como un animal herido que agoniza! Regresaba de Lourdes con el alma muerta, sangrándole el corazón y no teniendo en sí mas que cenizas. El silencio y la noche se extendieron sobre las ruinas de su fé y de su amor. Pasaron días y más días sin que sintiese latir sus venas, sin que se levantase una luz iluminando las tinieblas de su abandono. Vivía maquinalmente y esperaba tener el valor de apegarse á la existencia en nombre de la razón soberana, que le

hiciera sacrificarlo todo. ¿Porqué no era más resistente y fuerte? ¿Porqué no conformaba tranquilamente su vida á sus nuevas certidumbres? ¿Porqué, pues, ya que se negaba á abandonar la sotana, fiel á un amor único y por asco al perjurio, no se imponía como tarea el estudio de alguna ciencia permitida á un clérigo, la astronomía ó la arqueología? Pero alguno lloraba en él, su madre sin duda, una inmensa ternura perdida que nada había aun saciado, que se desesperaba sin fin al no poderse contentar. Era el continuo sufrimiento de su soledad; la llaga que había quedado viva en la alta dignidad de su razón reconquistada.

Más adelante, una tarde de otoño, bajo un triste cielo de lluvia, púsole la casualidad en relaciones con un anciano presbítero, con el abate Rose, vicario de Sainte-Margarite, en el faubourg Saint-Antoine. Fuéle á visitar en el fondo del húmedo cuarto bajo que ocupaba en la calle de Charonne, y cuyas tres modestas habitaciones convirtiera en un asilo para las criaturas abandonadas y que el buen abate recogía en las calles vecinas. Y desde aquel instante su vida cambió, entró en ella un interés todo poderoso y poco á poco fuese convirtiendo en el auxiliar del anciano presbítero. El camino era largo desde Neuilly á la calle de Charonne y al principio sólo lo recorrió dos veces á la semana. Más adelante se tomó esa molestia todos los días y se iba por la mañana para no volver hasta la noche. Como las tres habitaciones no bastaban, hubo que alquilar el cuarto principal en el que se reservó una salita en la que se quedaba á dormir muchas noches, y sus escasas rentas gastábanse en eso, en ese socorro inmediato

prestado á la infancia desvalida; y el anciano cura, admirado, conmovido, hasta derramar lágrimas, por aquel desprendimiento juvenil que le caía del cielo, le abrazaba llorando y le llamaba el hijo del buen Dios.

La miseria, la miserable y abominable miseria, conocióla Pedro entonces; vivió en su casa y con ella durante dos años. Aquello empezó por esos pobres niños desvalidos á los que recogía en el arroyo ó que le llevaba la caridad de los vecinos á la sazón que el asilo era ya conocido en el barrio; niños, niñitas, de los más pequeños caídos en el arroyo mientras sus padres y madres trabajaban, se emborrachaban ó se morían. Con frecuencia el padre había desaparecido, prostituyéndose la madre, ó la borrachera y el desorden entraron en el hogar con la huelga ó con la parada forzosa; aquello era el lanzamiento de la cría al arroyo; los más pequeños y débiles para que pereziesen de hambre y de frío en la acera, y los fuertes y crecidos para volar hácia el crimen ó el vicio. Una noche en la calle de Charonne y bajo las ruedas de un camión, recogió dos niñitos, dos hermanitos, que ni siquiera pudieron darle sus señas, y procedentes no se sabía de donde. Otra noche, volvió á casa llevando en brazos una niña, rubio angelito, que apenas tenía tres años, á la que halló bajo un banco llorando y diciendo que su mamá la había dejado allí. Más tarde, á la fuerza, de esos pobres y desplumados pajarillos arrojados del nido, tuvo que remontarse á los padres; pasar de la calle á los tabucos míseros, internándose cada día más en aquel infierno, acabando por conocer todo su espantoso horror, con el corazón ensangrentado, ex-

perimentando terroríficas angustias y de vana caridad.

¡Ah! ¡Doliente ciudad de la miseria, abismo sin fondo del sufrimiento y del desastre humano! ¡Cuántos viajes hizo á ella durante esos dos años que tanto trastornaron su sér! En aquel barrio de Sainte-Marguerite, en el seno mismo del faubourg Saint-Antoine, tan activo, tan animoso y valiente para el trabajo, descubrió sórdidas habitaciones, callejones enteros de casuchas sin aire y sin luz, con humedades de cueva en las que se pudre, corrompe, agoniza y se emponzoña una población miserable. A lo largo de la escalera, medio derruida, los piés se escurren en la basura en ella amontonada y en todos los pisos vése la misma desnudez, la misma basura y una vil promiscuidad. Faltan los cristales y el viento y la lluvia entran á torrentes. Muchos son los que se acuestan sobre el duro suelo sin desnudarse jamás. Allí no hay muebles ni ropa blanca, se lleva una vida de bestia, que se contenta y se desahoga como puede arrastrada por la casualidad del instinto y del hallazgo. Allí dentro, en montón confuso, véense todos los sexos, todas las edades; la humanidad vuelta á la animalidad por la desposesión de todo lo indispensable, por una indigencia tal y tan grande, que se disputan á dentelladas las migajas barridas de las mesas de los ricos. Y la peor era esa degradación de la criatura humana, que no es la del salvaje que va desnudo, cazando y comiendo su presa en los bosques primitivos, sino la del hombre civilizado que vuelve á ser el bruto con todas las mancillas de su decadencia, manchado, afeado, debilitado en medio del lujo y de los refinamientos de una ciudad reina del mundo.

En todos los hogares halló Pedro la misma historia.

En los principios de la vida hubo juventud, alegría y se aceptó valerosamente la ley del trabajo. Mas tarde sobrevino el cansancio, ¿á que trabajar para no ser nunca rico? ¿A qué? El marido bebió algunas veces para obtener así su parte de dicha, la mujer dejó que se relajasen sus vínculos con el hogar y descuidó sus quehaceres bebiendo también algunas veces, dejando que los hijos creciesen al azar. El medio ambiente era de los mas deplorables y la ignorancia y el hacinamiento hicieron lo demás. Con mucha frecuencia la huelga era la gran culpable; no se contenta con vaciar el cajón de los ahorros, sino que enmohece el ánimo para el trabajo y acostumbra á la pereza. Durante las semanas vacíanse los talleres, los brazos dejan de trabajar y es imposible, en ese París, tan febril y activo en sus movimientos, encontrar el trabajo mas insignificante. Y por la noche el hombre vuélvese llorando, renegando á su casa despues de haber ofrecido en todas partes sus brazos, no habiendo tan siquiera una plaza de barrero de las calles porque, como la colocación es de las buscadas, se necesitan protección y recomendaciones para obtenerla. ¿No es una cosa monstruosa ver en esas calles de la gran capital, en las que resplandecen y resuenan los millones, á un hombre que busca trabajo para comer y que ni lo encuentra ni puede comer? La mujer no come, los hijos tampoco. Entonces se presenta la negra miseria, el hambre, el embrutecimiento; mas tarde la rebelión y la ruptura de todos los lazos sociales ante horrenda injusticia de pobres seres á los que su debilidad condena á muerte. Y el anciano obrero, aquel al que cincuenta años de dura labor han gastado los miembros, sin que en su vida haya podido ahorrar unos céntimos ¿á que camastro de agonía irá á

morir, al fondo de que cueva ó desván? ¿Sería preciso rematarlo con un mazazo, como á bestia de carga inútil el día en que dejando de trabajar deje de ganar para mal comer? Casi todos iban á morir al hospital mientras que otros desaparecían ignorados, arrastrados por el torrente fangoso de la calle. Una mañana, en el fondo de algún infame chiscón, tendido sobre un montón de paja podrida, descubrió Pedro á uno de esos desdichados que había muerto de hambre y de frío, olvidado allí hacía una semana y al que las ratas habíansele comido la cara.

Fué un día del último invierno cuando su compasión se desbordó. Durante el invierno los sufrimientos de los miserables son atroces, horrendos en aquellos tabucos sin fuego y en los que la nieve penetra por las junturas. El Sena arrastra témpanos de hielo, el suelo está endurecido por las heladas y muchas clases de industrias véanse obligadas á hacer paradas forzosas. En los barrios de los traperos, obligados al descanso, véanse bandadas de chicuelos descalzos, apenas cubiertos sus cuerpos de andrajos, hambrientos y tosiendo, arrastrados por bruscas ráfagas de tisis. En esos sitios encontraba familias, mujeres con cinco y seis niños, hechos un rebujo, un montón para entrar en calor y que no habían comido hacía tres días. Y fué en aquella terrible noche cuando él penetró el primero en el fondo de una sombría avenida, en la habitación del terror, en la que una madre desdichada habíase suicidado con sus cinco hijitos, impulsada por el hambre y la desesperación, drama de la miseria que debía hacer que París se estremeciese durante unas cuantas horas. Allí no había ni un mueble, ni un pedazo de trapo, porque todo ello debía haberse ido vendiendo pieza á pieza en casa

del traperero ó prendero mas inmediato. Allí no había mas que el hornillo encendido y cuyo carbón humeaba aún. Sobre un gergón medio vacío había caído la madre dando de mamar al último que naciera, un niñito de tres meses, y del pezón de su pecho macilento desprendíase una gota de sangre hácia la que se tendían ávidamente los lábios del muertecito. Las dos niñas, dos lindas rubitas de tres y de cinco años, dormían allí lado á lado su eterno sueño, mientras que de los dos muchachos de mas edad, el uno cayó anonadado al pié de la pared con la cabeza entre las manos, mientras que el otro agonizó en el suelo, luchando, como si hubiese querido arrastrarse sobre las rodillas y llegar hasta la ventana para abrirla.

Los vecinos que acudieron contaban la horrible historia; debíase todo aquello á una ruína lenta, á que el padre no encontró trabajo en ninguna parte, aficionóse tal vez á la bebida, el casero se cansó de esperar y amenazó al inquilino con arrojarle á la calle, y entonces la madre perdió la cabeza, quiso morir y decidió á su cria á morir con ella, mientras que el marido, que saliera de casa á primera hora de la mañana recorría en vano calles y plazas. En el momento en que se presentaba el comisario para proceder á las primeras diligencias del sumario, llegó aquel desdichado, y cuando vió, cuando pudo comprender lo que pasaba, cayó como un buey herido en el testuz y empezó á aullar con un quejido incesante, con un grito tal de muerte, que todos, en la calle, aterrados lloraban.

Pedro habíase llevado en el fondo de su corazón y de sus oídos el recuerdo de ese grito horrendo de la raza condenada que perece entre el abandono y el hambre, y no pudo ni comer ni dormir aquella noche. ¿Era

posible semejante abominación, una falta tan absoluta de todo lo indispensable, una miseria tan negra que impulsaba á la muerte en medio de aquel París rebosando riquezas, embriagado por el placer y que arrojaba millones á la calle solo para conseguir sus caprichos? ¡Cómo! ¡A un lado tan grandes caudales, tantos inútiles y dispendiosos caprichos satisfechos, tantas vidas regaladas con todas las dichas, y al otro una pobreza encarnizada, que carecía hasta de pan, sin ninguna esperanza de mejora; las madres matándose con sus hijos á los que solo podían amamantar con la sangre de sus pechos exhaustos! Y al pensarlo experimentó cómo una rebelión, por un momento tuvo conciencia de la inutilidad irrisoria de la caridad; ¿para que hacer lo que él hacía, recoger niñitos abandonados, llevar socorros á sus padres y prolongar los sufrimientos de los viejos? El edificio social estaba podrido en su base; todo él iba á derrumbarse entre el lodo y la sangre y únicamente un gran acto de justicia podía barrer el mundo antiguo para reconstituír el nuevo. En aquel instante apareció de tal modo lo irreparable de la rotura, lo irremediable del mal, cuan mortal era el cáncer de la miseria, que comprendió á los violentos, pronto él mismo á aceptar un huracán devastador y purificador, á la tierra purificada por el hierro y el fuego, como antaño, cuando el Dios terrible enviaba el fuego del cielo para sanear las ciudades malditas.

Aquella noche, y al oírle sollozar, subió el abate Rose á reprenderle paternalmente. Era aquel hombre un santo dotado de una dulzura, de una esperanza infinitas. ¡Desesperarse, Dios santo, cuando estaba allí el Evangelio! ¿Era por ventura que la máxima divina, «amáos los unos á los otros» no bastaba para la salva-

ción del mundo? Le horrorizaba la violencia y sostenía que, por muy grande que fuese el mal, muy pronto se conseguiría concluirlo el día en que se volviese atrás, á la época de la humildad, de sencillez y de pureza en que los cristianos vivían como inocentes hermanos, ¡qué pintura más deliciosa hacía el buen anciano de la sociedad evangélica, cuya renovación evocaba con tranquila alegría cual si fuese á realizarse al día siguiente! Y Pedro sonrió al cabo arrastrado por el embeleso de ese cuento encantador, y deseoso de huir de la horrenda pesadilla del día. Hablaron hasta hora muy avanzada, y en los días sucesivos reanudaron sus conversaciones con ese tema, que era el favorito del anciano cura, abundando siempre en nuevos detalles y hablando del próximo reinado del amor y de la justicia con la conmovedora convicción de un hombre animoso que estaba seguro de no morir sin ver á Dios sobre la tierra.

Entonces verificóse en Pedro una nueva evolución; la práctica de la caridad en tan mísero barrio había llevado á un inmenso enternecimiento, y su corazón desfallecía transido, lacerado por aquella miseria que, con desesperación, se decía, no podía curar nunca. Y á veces, al despertarse el sentimiento, comprendía que cedía su razón y que volvía á la infancia, á esa necesidad de ternura universal que su madre había puesto en él imaginando quiméricos alivios ó esperando la ayuda de desconocidos poderes. Más tarde, su temor, su odio á la brutalidad de los hechos, acabó por arrojarle á un deseo creciente de salvación por el amor. Era aún tiempo á propósito para conjurar la tremenda catástrofe inevitable, la guerra fratricida de clases que arrastraría á la caduca sociedad condenada á desaparecer bajo el mon-

tón de sus crímenes. Imbuído por la convicción de que la injusticia había llegado á su colmo, que iba á sonar la hora vengadora en que los pobres obligarían á los ricos á partir sus riquezas, plugóle desde entonces soñar en una solución pacífica, en el oráculo de paz entre todos los hombres, en el retorno á la pura moral del Evangelio tal cual Jesús la predicára. En un principio atormentáronle las dudas ¿era posible ese rejuvenecimiento del catolicismo antiguo? ¿Sería posible volverlo á la juventud, al candor del primitivo cristianismo? Se entregó al estudio leyendo, preguntando, apasionándose cada día más y más por esa gran cuestión del socialismo católico, que, precisamente desde algunos años, venía metiendo tanto ruido y sintiendo un estremecimiento de compasión hacia los miserables, preparado como lo estaba para el milagro de la fraternidad, fué perdiendo poco á poco los escrúpulos de su inteligencia y se persuadió de que por segunda vez Cristo tenía que venir al mundo á redimir á la humanidad que tanto sufría. Al fin esto se formuló claramente en su espíritu con esta certidumbre de que el catolicismo purificado vuelto á sus orígenes podía ser el único pacto, la ley suprema que salvase á la sociedad actual, conjurándose así la crisis sangrienta que la amenazaba. Dos años antes, en la época en que se marchó de Lourdes, rebelándose contra aquella baja idolatría, con la fe muerta para siempre y con el alma, sin embargo, inquieta ante esa eterna necesidad de lo divino que atormenta á la criatura, desde lo más íntimo de su ser salió un grito: el de ¡una religión nueva! ¡una religión nueva! Y á la sazón era esa religión nueva, ó por mejor dicho renovada, que se figuraba haber descubierto, con un fin de salvación social, y utilizando para la dicha

humana la única autoridad moral que había en pie, la lejana organización del más admirable útil que se haya forjado jamás para el gobierno de los pueblos.

Durante ese largo periodo de lenta formación porqué atravesó Pedro, dos fueron los hombres, que, aparte del abate Rose, tuvieron grande influencia sobre él. Una buena obra le permitió entrar en relaciones con monseñor Bergerot, un obispo al que el Papa, en recompensa de una vida empleada en el ejercicio de la caridad, acababa de elevar á la dignidad de cardenal, y lo hizo á pesar de la oposición de cuantos le rodeaban que olfatearon en el prelado francés un espíritu libre. El nuevo purpurado había gobernado siempre su diócesis como un padre. y Pedro se inflamó al contacto de aquel apóstol, de aquel verdadero pastor de almas, de uno de esos jefes sencillos y buenos semejante á los que deseaba para la comunidad futura, Pero fué aún mas decisivo para su apostolado el hallazgo en las asociaciones católicas para obreros, del vizconde Filiberto de Chone. Era éste un hombre apuesto, de aspecto y modales militares, de cara larga y noble echada á perder por una nariz enfermiza y muy pequeña, lo que parecía indicar el último fracaso de una naturaleza mal aplomada. Distinguíase como uno de los agitadores mas activos del socialismo católico francés. Poseía grandes haciendas y una gran fortuna, si bién se decía que había perdido mas de la mitad en desgraciadas empresas agrícolas. En su departamento había hecho grandes esfuerzos para instalar granjas modelos en las que puso en práctica sus ideas en materia de socialismo cristiano y no parecía que el éxito correspondiese á sus propósitos.

Esto le sirvió únicamente para que le eligiesen di-

putado y hablaba en la Cámara exponiendo el programa de su partido en largos y retumbantes discursos. Además de esto, y dando muestras de un ardor infatigable dirigió algunas peregrinaciones á Roma, presidía reuniones, daba conferencias entregándose por completo al pueblo, cuya conquista, decía en sus conversaciones íntimas, era la única que podía asegurar el triunfo de la Iglesia. Ejerció sobre Pedro una influencia considerable, pues éste admiraba ingénuamente en el vizconde las cualidades de que él carecía, como eran un gran espíritu de organización, una voluntad militante un poco ruidosa, pero consagrada por completo á la obra de restablecer en Francia la sociedad cristiana. Frecuentando su trato aprendió mucho el joven presbítero, pero á pesar de eso quedó en él el sentimental, el soñador cuyas elucubraciones, desdeñosas de las necesidades políticas, iban encaminadas derechamente á la ciudad futura de la felicidad universal; mientras que por el contrario el vizconde no tenía más que la pretensión de acabar la ruina de la idea liberal del 89, utilizando, para volver al pasado, la desilusión y la cólera de la democracia.

Pasó, Pedro, algunos meses como encantado y jamás neófito alguno vivió más absolutamente consagrado á la dicha agena; fué todo amor y se inflamó con la pasión de su apostolado. Aquel pueblo mísero que visitaba, aquellos hombres sin pan ni trabajo, aquellas madres y aquellos hijos sin alimento, hacíanle concebir cada día con más fervor la idea de que era necesario que naciese una nueva religión que hiciese cesar una injusticia que iba á ser la causa de que el mundo revolucionado pereciese. Y estaba resuelto á trabajar, á apresurar con todas sus fuerzas esa intervención de lo

divino, ese renacimiento del cristianismo primitivo. Continuaba estando muerta su fé católica y no creía, como antes, en los dogmas, misterios y milagros; quedábale empero una esperanza que le bastaba; la de que la Iglesia pudiese hacer aun bien, guiando de la mano el irresistible movimiento democrático moderno con el objeto de evitar á las naciones la amenazante catástrofe social. Calmóse su alma desde que se consagrara á esa misión de hacer penetrar el Evangelio en el corazón del pueblo hambriento y exaltado de los arrabales. Movíase, agitábase y sufría mucho menos con el horroroso vacío, consecuencia de su viaje á Lourdes, y como tampoco se interrogaba, de ahí el que no le asediase la angustia de la incertidumbre. Era con la serenidad del sencillo deber cumplido como continuaba diciendo su misa, y hasta acabó por pensar que el misterio que él de aquella manera celebraba y que todos los otros misterios y dogmas, no eran en suma más que símbolos ó ritos necesarios á la humanidad en su infancia y de los que se desembarazaría más tarde cuando esa humanidad engrandecida, purificada, instruída, pudiese soportar el resplandor de la verdad desnuda.

Y Pedro, arrastrado por su celo de ser útil y por la pasión de decir en alta voz su pensamiento, se halló una mañana ante su mesa escribiendo un libro. Esto ocurrió de la manera más natural del mundo, pues aquel salió de su inteligencia como un llamamiento de su corazón y sin pretensiones literarias. El título, una noche que no le fué posible conciliar el sueño, se le presentó de una manera brusca, con letras resplandecientes en medio de las tinieblas *Nueva Roma*. Y con esto lo decía todo porque ¿no era de Roma, de la eter-

na y de la santa de donde debía salir el rescate, la vación de los pueblos? La única autoridad existente encontraba allí y el rejuvenecimiento no podía nada más que en la tierra en que había arraigado la caducencia católica. En dos meses escribió aquel libro que sin darse cuenta de ello, sin conciencia de lo que hacía estaba preparando con sus estudios acerca del socialismo contemporáneo. Fué esto en él á la manera de la fermentación de un poeta; pareciale á veces soñar esas páginas, mientras que una voz lejana le interiormente las dictaba. Con frecuencia, y cuando leía al vizconde Filiberto de la Choue las líneas escritas la víspera, esas las aprobaba con mucha viveza, bajo el punto de vista práctico, diciendo que al pueblo, para atraerle, había que conmoverle, y que habría sido necesario también componer canciones piadosas, y no obstante alegrarse para poderlas cantar en los talleres. En cuanto á modo el señor Bergerot, sin examinar el libro bajo el punto de vista del dogma, se conmovió profundamente con el ardiente hálito de caridad que se desprendía de cada página. El prelado llegó hasta cometer la imprudencia de describir una carta aprobatoria al autor, autorizándole para que la pusiese en el prefacio de su obra. Y en esa obra, la que publicada en Junio, debía ser incluida en el Índice para prohibir su lectura. Y para defenderla era para lo que iba á Roma, el joven presbítero, lleno de sorpresa y de entusiasmo, inflamado por el deseo de que triunfase su fé y resuelto á defender personalmente su causa ante el Santo Padre, cuyas ideas tenía la seguridad de haber expresado y reproducido bien.

Mientras que de este modo hacía revivir en su memoria los tres últimos años de su vida, no se había movido, permaneciendo al lado de la barandilla, extasiado

do ante Roma tan soñada y deseada. A su espalda sucedíanse sin cesar las llegadas bruscas y las marchas de los carruajes, los secos ingleses y los rechonchos alemanes desfilaban después de haber consagrado al clásico horizonte, los cinco minutos consignados en la guía y esto mientras que el cochero y el caballo de su carruaje esperaban complacientemente con la cabeza baja y recibiendo los calurosos rayos del sol que caldeaba la malletita que se había quedado en la banqueta. Y parecía que hubiese enflaquecido más con su sotana negra, como espirituándose y quedándose inmóvil ante tan sublime espectáculo. Desde su regreso de Lourdes, había enflaquecido mucho y su rostro demacrádose. Desde que su madre le arrastraba de nuevo, su gran frente recta, la torre intelectual que debía á su padre, parecía amenguarse, mientras que la boca bondadosa, pero un poco acentuada, la barba delicada, de una ternura infinita, dominaban, decían lo que era su alma, que resplandecía también en la llama caritativa de sus ojos.

¡Ah! ¡Con ojos más tiernos y ardientes contempló la Roma de su libro, la nueva Roma con que había soñado! Sí, desde un principio, el aspecto del conjunto se apoderó de él con la dulzura un tanto velada de una mañana admirable, pero á la sazón ya podía detallar las cosas, deteniéndose en el exámen de los monumentos. Y fué con infantil alegría como los reconoció todos por haberlos estudiado durante mucho tiempo en los planos y en las colecciones de fotografías. Allí bajo sus piés extendíase el Transtibere, más abajo del Janículo, con el caos de sus casas rojizas y cuyos tejados carcomidos por el sol ocultaban el Tiber. Quedóse un poco sorprendido al ver el aspecto algo vulgar de la ciudad contemplada desde lo alto de aquella terraza,

como nivelada por aquella ojeada á vuelo de pájara apenas accidentada con sus siete famosas colinas, como una ola apenas sensible en medio de la mar prolongada y facha- das. A lo lejos, á la derecha, y destacándose con un color violeta sombrío sobre las lontananzas azuladas de los montes Albanos, veíase al Aventino con sus tres iglesias medio ocultas entre verdes follajes; distinguíanse también el Palatino descoronado y al que una línea de cipreses parecía rodear con una franja negra. Confundíase tras esto el Cœlius, no dejando ver más que los árboles de la villa Máter que palidecían con el polvillo de oro del sol. Unicamente el esbelto campanario y los dos cupulitas de Santa María la Mayor indicaban donde se hallaba la cima del Esquilino, en frente muy lejos y al otro extremo de la ciudad, mientras que sobre las alturas del vecino Viminal, inundado por la luz, no vió más que una confusión de grandes bloques blancuzcos estriados con rayitas oscuras y que eran sin duda construcciones modernas semejantes á una carretera abandonada. Durante largo rato, y sin poder descubrir estuvo buscando el Capitolio. Tuvo por necesidad que sentarse y se convenció al cabo de que veía el remate de la torre, por delante de Santa María la Mayor, allá abajo, y que era aquella torre cuadrada y modesta que se confundía entre los tejados que la rodeaban. Venía enseguida, hácia la izquierda el Quirinal, fácil de reconocer por la larga fachada del palacio real, fachada de cuartel ó de hospital, de un amarillo áspero, vulgar y perforado por un sin fin de ventanas todas iguales. En el momento en que se volvía sufrió el encanto repentino, inesperado, de una nueva visión y se quedó inmóvil otra vez. Fuera de la ciudad y por encima de las copas de los árboles del jardín de Cor-

si se le apareció la Cúpula de San Pedro. Dijérase que estaba sobre aquella base de verdor y en el fondo de aquel cielo de un azul tan puro, que era á su vez de un azul de cielo tan diáfano que se confundía con el azul del infinito. En lo alto la linterna de piedra que lo corona, blanca y resplandeciente de luz, estaba como suspendida en el aire.

No se cansó Pedro, y sus miradas recorrían sin cesar el horizonte de un extremo á otro. Deteníase en las cornisas de las casas nobles, en la gracia altiva de los montes de la Sabina y del Alba sembrados de villas y hoteles y cuya cintura cerraba el cielo. La campiña romana extendíase en grandes espacios, desnuda y maestuosa semejante á un desierto de muerte, con ese verde pardo del agua estancada, y al cabo distinguió la torre baja y redonda de la tumba de Cecilia Metella, tras la cual una ligera línea pálida revelaba la existencia de la antigua vía Appia. Restos de algunos acueductos sembraban la yerba rála con el polvo de mundos derrumbados, y al volver otra vez sus miradas encontraba la ciudad con la mezcla de sus edificios. En ella, muy cerca, reconocía gracias á sus balconadas con vistas hacia el río el enorme cubo oscuro formado por el palacio Farnesio. Mas lejos, aquella cúpula baja y redonda, apenas perceptible, debía ser la del Pantheon. Más allá aun y por medio de bruscos saltos se llegaba á los muros blanqueados de San Pablo del Campo, con sus tapias semejantes á las de una granja colosal; las estatuas que coronan San Juan de Letrán, ligeras, tamañas como insectos; después el pulular de las cúpulas y medias naranjas, como la de Jesús, la de San Carlos, la de San Andrés del Valle, la de San Juan de los Florentinos y tantos otros edificios vibrantes aun de re-